

Las guerras de Justo de Francisco José Paoli Bolio

Editorial KEH, México, 2010

Comentarios al libro presentado el 14 de mayo de 2012 en la FILEY, Yucatán

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

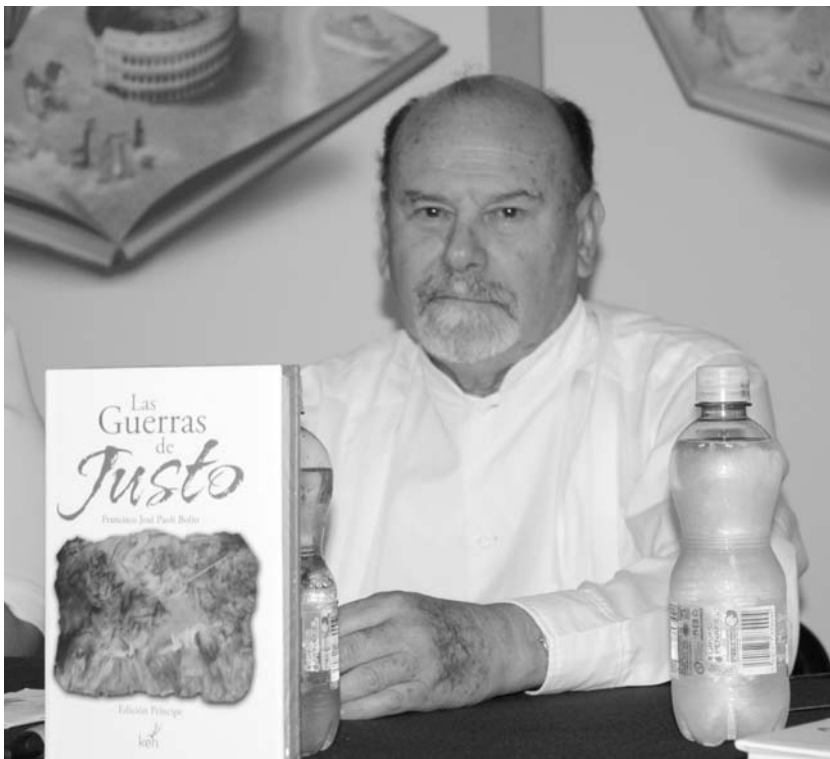
En esta ocasión, el Dr. Paoli Bolio nos enfrenta a un libro de 384 páginas que se presenta en la contraportada con el título de “novela histórica”. No es la primera vez que el autor, experto en sociología, ciencia política, ciencia jurídica e historia, y con una veintena de libros sobre estos temas, emprende el camino literario. Lo ha hecho antes con la novela política *Madrugando amanece*, que cuenta ya con tres ediciones, y también, por fortuna para sus lectores, nos ha compartido parte de los pecados de su juventud —no todos— con un libro de poesía editado en dos ocasiones. Nos encontramos pues, ante un escritor que conoce tanto de ciencia como de literatura, y que para nada es nuevo en estos largos y solitarios caminos de sentir, pensar y escribir.

En este libro se funden y se confunden los géneros literarios de la biografía, la historia y la novela. En términos estrictos yo disfruté el libro ubicándolo como un camino intermedio entre los tres géneros: se trata de una narración histórica novelada a través de la biografía de un personaje brillante y sensible: Justo Sierra O'Reilly, personaje paradigmático y obligado para quien se acerque a la historia de la península de Yucatán en la primera mitad del siglo XIX.

El libro se estructura en 25 capítulos en los que el autor va entreverando tres voces. La primera es la del propio Dr. Justo Sierra, que comienza la narración como unas memorias, reflexiones y cartas dirigidas a su esposa Conchita desde el encierro monacal de La Mejorada, donde espera su inevitable muerte por lepra. Conforme su cuerpo se va desfigurando y corrompiendo, Justo Sierra viaja al pasado y deja constancia de su infancia, su familia, sus amores y sus esperanzas. Paoli arma, mediante esta supuesta narración íntima, dolida y evocadora que realiza el personaje, un viaje a sus orígenes familiares y aclara las razones y sinrazones, los accidentes biográficos que permitieron el

surgimiento de un hombre como Justo Sierra. Un auténtico hombre renacentista: abogado, periodista, editor, novelista, viajero, político, legislador y, finalmente, un actor intelectual comprometido con su época y sus circunstancias. Esta primera voz es de hecho la columna vertebral del relato y de una novela que es la historia de su propia vida.

Justo es un personaje del tiempo y de sus tiempos. Quizá la importancia de su obra, tanto periodística como literaria y jurídica, radicó precisamente en la hondura histórica de su pensamiento y en la búsqueda permanente de las raíces y las causas de los fenómenos de su tiempo en la historia. El nombre de sus publicaciones periodísticas lo atestigua: *El Museo Yucateco*, el *Registro Yucateco*, el *Fénix*; sus novelas ubicadas en el pasado, el prólogo a *Los indios de Yucatán*, donde insiste en buscar las causas de la Guerra de Castas en el pasado remoto y en la injusticia y la sujeción colonial de los mayas, y la extensa exposición de motivos apelando a razones históricas, donde pide la intervención norteamericana en Yucatán durante la Guerra de Castas. Todo su pensamiento lo remite a explicar el presente con una perspectiva de largo plazo.



Paoli captó con precisión en la novela esta desesperación existencial de Justo Sierra por el paso del tiempo y, por qué no decirlo, también por la propia trascendencia. Vivió y escribió de prisa y mucho, quizás porque presentía que su muerte sería temprana. Vivió también preocupado por la lepra, pues su padre había muerto de ella. La enfermedad y la muerte lo alcanzaron tal como él lo suponía. Joven y leproso. Paoli lo sabe y pone en labios de Justo Sierra lo siguiente:

Al engolfarme en los datos de mis orígenes, confirmo algo que entendí hace años: lo importante que es el conocimiento de la historia. Con él tenemos nuestras señas de identidad como personas y como pueblos. Vemos en un gran espejo lo que hemos sido. Y vamos sabiendo un poco mejor lo que somos y descubrimos nuestra propia misión en la vida... escuchar las narraciones de los antiguos es la mejor y primaria forma de conocer nuestro pasado. Las lecturas vienen a reforzar ese conocimiento y lo amplían notablemente. Los yucatecos habíamos tenido magníficos historiadores y yo los he leído casi a todos... (p. 139) y añade: he dedicado buena parte de mi vida a esas tareas de periodista, en la que pude paralelamente escribir un poco de historia, que en mucho ha dado sentido a mi vida. Y ésta me produce un alivio en las horas dolorosas que paso en el convento de La Mejorada (p. 150).

El autor continúa la novela a través de una segunda voz. Se trata de la voz de Jacinto Pat. Es, obviamente, una voz indígena contrapuesta a la de Justo Sierra. Ella nos narra la historia antigua de los mayas. Es interesante porque no se trata sólo de una voz rencorosa, ni menos desfallecida. Es una voz llena de orgullo y de simbolismos y nos introduce en el pleno de la historia prehispánica y de la memoria oral de los mayas del siglo XIX. Por ella pasan la mitología, la concepción del tiempo, el culto a los mayores, los placeres del gusto y de la carne. En la novela hay un esfuerzo por tratar de comprender cómo se visualizaban a sí mismos los mayas de ese siglo, enfrentados al liberalismo y la nueva situación sociohistórica que provocó la Independencia. Se trata también de la visión nostálgica de un pasado que se antojaba glorioso y que se recuperaba de manera mítica.



Si Justo Sierra recurrió a la historia como un *leit motiv* de su pensamiento y trabajo político, Jacinto Pat se nos presenta también como un personaje fundamentalmente orientado hacia un pensamiento anclado en el tiempo. Por momentos tal parece que el futuro sólo le interesa en función del pretérito y que entra al camino de la Guerra de Castas no tanto como forma de construir un futuro sino de recuperar un pasado. Pasado mítico, pasado seguramente falso para los mismos mayas en su concepción utópica de paraíso perdido, pero un pasado reparador, un bálsamo a fin de cuentas, que servía para aliviar el presente. La guerra, para este personaje maya, es casi una forma de revertir el paso el tiempo, no de acelerarlo.

Es una apuesta al pasado y no al futuro. En los diálogos y pensamientos del personaje que Paoli nos construye en el libro el tiempo es cíclico y la lucha que se desata no es para construir una nueva forma de poder y gobierno o una nueva sociedad, sino de recuperar la antigua. Se citan con amplitud las voces mayas que nos llegan del siglo XIX y que sí conocemos de manera histórica a través de las cartas y la correspondencia con que los sublevados y guerreros se comunicaban y arengaban. Pese a las deformaciones propias de la guerra, nos ofrecen la mayor cercanía posible a la lógica y la cosmovisión de los mayas guerreros de ese momento.

Las cartas en sí, pese a sus dobles o triples intenciones, son un tratado de formas de pensar lo social y también una ética de relaciones interraciales e interétnicas, al igual que de la manera en que se comprendía e interpretaba el mundo yucateco desde la óptica y simbolización de los mayas rebeldes. Se trataba de eliminar la sujeción de los blancos y el dominio de los *dzules*, no de establecer una nueva forma de convivencia. Desde el punto de vista de éste y otros personajes mayas históricos, líderes de la Guerra de Castas, que van interviniendo a lo largo de todas las páginas siguientes del libro, la Guerra de Castas era una guerra de liberación y como tal no podía terminar más que como una separación, un divorcio social entre dominados y dominadores. Cada quien en su propio espacio. Una guerra donde sólo existe el pasado es una guerra, como tantas otras, sin futuro. Como efectivamente sucedió.

De esta manera la Guerra de Castas se volvió la más permanente de las muchas guerras que libró don Justo. Fue el marco en que se desarrollaron y se fueron creando otras nuevas guerras, quizá menores, indudablemente menores, pero para él y su familia más dramáticas e importantes. La primera, por supuesto, fue la guerra por su propia superación. Hijo natural de un cura y sin fortuna, nada le podía augurar el brillante futuro intelectual que tuvo. La segunda fue la guerra periodística y política, del lado de Santiago Méndez y

enfrentado a Barbachano primero y luego a Joaquín Baranda y Tomás Aznar, nunca tuvo muchos momentos de paz ni de tranquilidad personal. Su obra la hizo siempre entre una y otra batalla, entre Campeche y Chetumal, entre México y Estados Unidos. No menos importante fue su guerra de mucho tiempo en Washington, tratando de encontrar una salida diplomática e intervencionista a la Guerra de Castas.

Decíamos al principio que había tres voces en la novela. A la de Justo y a la de los mayas encarnados en Jacinto Pat, se suma la tercera y más recurrente voz de fondo: la del autor. Con todo su derecho nos pone y nos quita, nos cambia las reglas del juego y nos va llevando de la mano por los vericuetos históricos que él prefiere. De esta manera, Justo entra y sale del relato cuando así lo considera conveniente y el autor complementa la narración de una manera muy original: no nos da su punto de vista. Nos enfrenta a los hechos históricos con nostalgia a veces, con horror y desagrado otras ocasiones y con empatía balzaquiana siempre. La empatía de ver a los hombres y mujeres como son, ni buenos ni malos, sino seres humanos. Mediante la historia de Justo Sierra nos presenta la historia regional verídica, apegada a los datos y a los hechos, a los nombres y a las fechas, como personajes de una comedia y una tragedia humanas. Tan cierto es el personaje de Justo y tan verídicos los hechos narrados, que uno se pregunta si se trata de una novela histórica o de una historia novelada. Y de inmediato se responde que ambas cosas.

Pero el personaje en sí mismo no sólo es una novela, sino que es la novela. Y uno no puede dejar de admirarlo y de compadecerlo. En especial cuando se enfrenta finalmente a su última guerra, a la lepra, a la soledad de la lepra, acaso peor que la soledad de la muerte, a la que a fin de cuentas todos llegamos solos. Así se despide don Justo de su mujer:

...amor mío, voy a terminar estas notas ahora, porque siento que me falta el aliento... y el autor añade: La monja que llevaba el desayuno a don Justo tocó en la entrada de su celda y no escuchó respuesta. Volvió a tocar más fuerte y como el huésped no contestó, la hermana abrió cuidadosamente la puerta y penetró al pequeño recinto húmedo, que conservaba vagos olores de romero... Lo encontró ahora acostado en su hamaca, boca arriba y lo miró con detenimiento. Tenía los lentes mal colocados sobre el rostro y no parecía respirar. El cuaderno que tenía sobre el pecho no se movía. Había otros tres cuadernos regados debajo de su hamaca... tocó la frente del enfermo y la sintió fría como mármol... por suerte para nosotros nuestro amigo Francisco estuvo allí para leer los cuadernos perdidos y contarnos lo que decían... 